

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La idea de pedir para el Rey la gran cruz de Beneficencia, me parece, por todos estilos, conveniente, oportuna y justa. No es una adulación, no es un homenaje palaciego. Y voy a exponer las razones en que me fundo.

En primer término, aumenta infinito el prestigio de esa condecoración el que se suponga que es para el Rey honroso el poseerla. Por una ficción o un convencionalismo que también tiene su causa suficiente, se considera que el Rey está en posesión de todos los honores y preeminencias, o en situación de obtenerlas, cuando menos, a su voluntad. Y he aquí que se va a pedir para él la cruz, como si fuese un súbdito. Claro es que en otra forma no podía lisonjear al Rey tal condecoración. La honra está, en este caso, en merecerla. El Rey la ha merecido sobradamente.

La guerra vino a darle ocasión de ejercer una tarea altamente beneficiosa para la humanidad, y que además refleja sobre España luces de piedad, de conmiseración y de misericordia. Bienaventurados los misericordiosos, dijo quien lo entendía. El Rey ha practicado, de un modo inteligente y eficaz, esta bella virtud.

Como no podemos pretender que la mentalidad de todo el mundo sea igual, y como no todos llevan intenciones rectas y desapasionadas, no faltan gentes que afecten encontrar que la obra del Rey no tiene mérito, pues la realiza auxiliado por oficinistas y subalternos. Quisieran sin duda que el Rey, en persona, escribiese el millar o los millares de cartas contestando a otros millares, que también debería leer de cabo a rabo. Según eso, el que funda un hospital no tendría mérito alguno si no lo barriese y no hiciese las camas.

Hasta Santa Isabel de Hungría, encarnación de la caridad, tuvo quien la auxiliase en la piadosa faena de lavar y curar a los leprosos. El Rey gasta dinero, tiempo, energías, en mitigar los dolores de tantos seres que ignoran el paradero de otros seres, mitad de su vida, sangre de su corazón. El Rey gasta su influencia, su valimiento con los otros Reyes, para obtener un rasgo de clemencia, para salvar del suplicio a mujeres, a hombres que acaso la posteridad ensalzará, si la historia demuestra que cuanto hiciesen, por su patria fué. Si esto supiésemos que era labor de un particular, la cruz de Beneficencia nos parecería poco. Tratándose del Rey, no entiendo por qué no hemos de aplaudir, con entusiasmo, la propuesta. Me alegraría de firmarla, si para hacerlo tuviese alguna autoridad.

Y lamento que no haya podido el Rey de España (supongo que no dejaría de intentarlo) salvar al desgraciado sir Roger Casement. Nunca Inglaterra, que torturó con rígida frialdad protestante a un gran poeta, el autor de *Salomé*, se ha mostrado más dura, más petrificada y ritualista, que al ahorcar al jefe de la rebelión irlandesa.

Todo cuanto se diga del derecho a la defensa, que sin duda poseen las nacionalidades constituidas, no disminuye el horror de tal ejecución, que nos retrotrae a la Edad Media. Siquiera, tratándose de un caballero, de un hombre que, mírese como se mire, no cometió acción deshonrosa, se le pudo fusilar, y no colgarle por el cuello, como a los vulgares malhechores.

Hay que fijarse en los antecedentes históricos. En Irlanda, después del inevitable período de las invasiones y del dominio de los réguulos (como en España) vino la unión de toda Erin bajo un cetro, el reinado de Fíngal, padre del poeta Osíán (del verdadero, no del apócrifo), y el hecho decisivo de la evangelización de Irlanda por las predicaciones de San Patricio. Decisivo le llamo, porque Irlanda fundó su independencia y su conciencia nacional en el catolicismo, como en el protestantismo había de fundarla Inglaterra. La fatalidad quiso que más ade-

lante, un rey de Irlanda tuviese que solicitar el apoyo del de Inglaterra, para recuperar su trono. Inglaterra, desde tiempo atrás, tenía sus miras, y ya sabemos cómo son las miras de este pueblo dotado de feroz adquisitividad. Enrique II no paró hasta que el Papa Adriano IV, mediante una Bula, le regaló el reino de Irlanda. No lo hiciera tal vez, si sospechase lo que iba a pasar, cuando Inglaterra abrazó la Reforma. En fin, ello es que los ingleses, ya provistos de su correspondiente Bula (son legalistas), invadieron a Irlanda, y hallándola débil, fácilmente se adueñaron de ella. No tardaron sin embargo en rehacerse, y se inició la lucha de la nación sorprendida, contra los conquistadores sin lucha. Empezaba aquella serie de sufrimientos que han hecho de Irlanda uno de los pueblos más desventurados (aunque no sea de los más compadecidos). Primero, desde Enrique II a Enrique VI, Irlanda combatió solamente por su libertad; desde Enrique VIII, por su libertad y su religión. Sin duelo, los ingleses impusieron sus nuevas ideas a los irlandeses, queriendo que, de grado o por fuerza, fuesen protestantes. Para lograrlo, no se pararon en medios: confiscaciones, deportaciones en masa, castigos sangrientos. Cuando leo yo, en libros ingleses, diatribas acerca de nuestra intolerancia y nuestro fanatismo religiosos, suelo escribir con lápiz, al margen de la página: «¿Y los irlandeses?»

Naturalmente, los irlandeses aprovecharon la primera ocasión favorable para intentar sacudir tan odiosa tiranía. Bajo Carlos I, consiguieron atemorizar a los protestantes. Entonces Cromwell decidió exterminar a todos los habitantes de Erin. Degolló cuanto pudo, y luego ahorcó por racimos. No logró su fin. No se puede exterminar a todos, y, como las espigas pisadas un momento, los irlandeses se irguieron otra vez. Resurgió «el hormiguero católico». Los reconstituyeron por fuerza en una sola provincia, y repartieron las demás entre soldados y negociantes ingleses. Inglaterra pagaba sus deudas con trozos del territorio de Irlanda. Después hablarán de nuestras depredaciones en América los historiadores moralistas británicos.

Los procedimientos contra Irlanda, que no se dejaba someter, fueron por último algo modificados: disminuyeron las ejecuciones: ¿para qué? Bastaba con matar a Irlanda de hambre! Y el régimen del hambre se inició, con prohibir que en Irlanda se fabricasen tejidos de lana, lo cual tenía dos ventajas: arruinar a la Isla, y evitar a Inglaterra competencias temibles. Y desde entonces, las insurrecciones de Irlanda fueron en gran parte insurrecciones de miseria. A estas protestas, a las asociaciones juramentadas, se debieron las ligeras mejoras del régimen bajo el cual agonizaba Irlanda. Fueron sin embargo ilusorias, porque Inglaterra supo arreglarse de modo que quedase Irlanda más sometida aún; y, ahogando en sangre y con el verdugo siempre en ejercicio un levantamiento general y más vigoroso, asimiló a Irlanda a provincia conquistada, por medio del *bill* de unión, fatal a la libertad de los irlandeses.

No han cesado éstos, sin embargo, de luchar. Nadie ignora el papel que desempeñó O'Connór, y ahora, día por día, hemos presenciado sus esfuerzos, y aquel verdugo, aquellos verdugos, por mejor decir, que fueron argumento decisivo tantas veces, vuelven a serlo, siendo la última víctima el que acaba de balancearse en Londres pendiente de una soga...

Se oye decir que la sangre de los mártires de una causa es fecunda. Lo es sin duda, si sus efectos vigorizadores se manifiestan por el convencimiento y la fe de los que presencian el martirio y profesan las mismas ideas. En cuanto a que esos efectos se traduzcan en un período de triunfo y reivindicación, ya es distinto. Aplastada desde hace tantos siglos, Irlanda no ha podido alzarse y recobrar su personalidad de nación. Oprimida vive; oprimida, misera, perseguida, desangrada, la cuerda al cuello (y no es una figura retórica). Sus mártires, que han podido dignificarla, honrarla, no han podido redimirla.

Esta es la triste verdad.

Según sea el resultado de la guerra, que ya parece plaga crónica del género humano, tal será, probablemente, la suerte de Irlanda. Si Inglaterra es vencida, se alzarán en Dublin el monumento a tantos como por Irlanda perdieron la vida.

Y si Inglaterra vence, ¡ay de las últimas esperanzas de la misera nación!

¿Han visto ustedes cómo todo vuelve, y las antiguas fábulas se convierten en modernas y científicas realidades?

Lo que soñaron los viejos alquimistas, la transmutación de los cuerpos, ha sido perseguido con pasión y tenacidad por ilustres sabios modernos, y de las indagaciones sobre el «helio» a la clásica

«piedra filosofal» no va tanta distancia como a primera vista parece.

Los alquimistas han sido de los hombres más ilustres de su tiempo. Baste recordar a Paracelso, a Rogerio Bacon, el franciscano que inventó la pólvora, y a Raimundo Lulio. A los alquimistas debe la ciencia el descubrimiento de bastantes cuerpos antes ignorados. El principio de que partían los alquimistas, es incontestable: la materia es una, y sus estados son los que originaron todas las modificaciones que conocemos. Consiguiendo reproducir por los procedimientos científicos de que dispone el hombre estas modificaciones, la transmutación se obtendrá, y el oro podrá fabricarse...

Desde luego hay gran distancia entre la aspiración y lo que se consigue. Erizado de dificultades está el camino, y además, no parece muy lisonjero lo que el sabio inglés William Ramsay nos anuncia: que de la plata puede nacer el plomo, y de éste, el carbono. Sería mejor lo contrario...

De todos modos, estimemos en su valor los trabajos y descubrimientos de Ramsay, que es a quien se debe el «helio», discutido, hasta negado por otros sabios, porque, ¡ay! ni la ciencia escapa al análisis destructor, que todo lo aquilata y todo lo pasa por su tamiz...

¿No han oído ustedes decir que el romanticismo se ha concluido, que estamos en una época positiva, que ya nadie experimenta aquellas volcánicas pasiones de los años 1820 a 1830, y que lo de «los de Teruel» es una leyenda propia solamente para inspirar a la poesía escenas de un drama inmortal?

Pues estos días leo en los periódicos un doble suicidio por amor, y el suicidio, por amor igualmente, de un chico de catorce años de edad...

En cuanto a los dobles suicidios, son muy frecuentes. Casi siempre los suicidas son gentes del pueblo, de humilde posición. Cuando ocurrió — ya hace tiempo — el sensacional caso Chambige, aquel suicidio doble, de un joven muy culto y una señora elegante tenida por intachable hasta entonces, se habló mucho de la nefasta influencia de las lecturas sentimentales. (Pues resultó que aquellos enamorados, como los del poema de Dante, leían juntos poesías y novelas...) Pero los suicidas que salen de servir en un café, de despachar en una lonja, de otros menesteres humildes, no se habrán dedicado a repasar juntos

amores de Lanzarote
y de la Reina Ginebra.

¡Oh! ¡La literatura tiene buenas espaldas! Cuando acusaban a Jorge Sand de inducir al socialismo a los aldeanos con su novela *Le péché de monsieur Antoine* la autora y algunos amigos suyos, un día que salieron de campo, gastaron la broma de ir por las heredades y las chozas de los labriegos, gritando: «¡Eh, señores!, ¿cuál de ustedes ha leído *Le péché de monsieur Antoine*?» Y, naturalmente, nadie les contestaba, sino abriendo una cuarta de boca.

El suicida de catorce años, que es un caso más raro, puede que algún verso hubiese leído. No pudiera hacer más de lo que hizo, aun cuando tuviese muy manejado al candente Arolas, poeta el más incitativo que conoce la lengua castellana, y que por cierto había nacido en Valencia, como el niño suicida de quien estoy hablando.

Seguramente que lecturas no andan en ello: es que la pubertad es un momento tan peligroso, que la más estricta vigilancia, una vigilancia tierna, sin violencias ni rigores, es necesaria para impedir que los instintos se tuerzan de modo funesto para el porvenir del adolescente. La inocencia no se ha perdido aún, al menos en lo espiritual, y ya puede corromperse tempranamente el alma, desarrollarse en ella el gusano de todos los malos impulsos.

No es casi nunca amor propiamente dicho lo que determina el suicidio de los adolescentes, sino la convicción dolorosa, sin fundamento casi siempre, de ser objeto de risa, de suponerse burlado, en ridículo.

¡Hay tanta timidez en esas jóvenes almas! Más adelante la vida curte, y reduce todo, penas y placeres, a sus verdaderas proporciones... ¡Qué sabemos a qué pudo obedecer una desesperación tan precoz, tan absoluta!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.